

Junichiro Tanizaki

Elogio de la sombra

Sobre la indolencia
Amor y pasión

Traducción del japonés y glosario
de Emilio Masiá López



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *In'ei raisan; Randa no setsu; Ren'ai oyobi shikijou*

Primera edición: 2018
Segunda reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Lucía M. Diz

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Emilio Masiá López: 2018
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9181-225-8
Depósito legal: M. 22.124-2018
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Elogio de la sombra
- 67 Sobre la indolencia
- 89 Amor y pasión
- 135 Glosario

El lector encontrará en el glosario final una somera explicación de los conceptos y nombres propios cuya primera aparición en cada uno de los tres textos se acompaña del símbolo °.

Elogio de la sombra

Hoy en día, un apasionado de la arquitectura que quiera diseñar una casa al estilo tradicional japonés y vivir en ella, tropezará con los problemas de instalar el gas, la electricidad o el agua corriente. Tendrá que expresar su ingenio inventando recursos para armonizar la colocación de dichas instalaciones con el interior de una casa japonesa y pronto se percatará de su dificultad. Aunque no haya pasado por la experiencia de haberla construido, bastará con entrar en cualquier casa de té, restaurante o alojamiento tradicional del estilo de los *ryokan* para hacerse una idea de los inconvenientes. Dejando aparte el caso de un excéntrico solitario que se retira a vivir en una cabaña en lo apartado de la montaña y renuncia a los adelantos de la civilización moderna, las personas con responsabilidades familiares que vivan en la ciudad, por mucho que de-

seen vivir en una casa tradicional japonesa, no podrán renunciar a la instalación de medios de calefacción, iluminación y sanitarios, indispensables en la vida actual. Una persona muy meticulosa se devanará los sesos simplemente a la hora de instalar un teléfono, tratará por todos los medios de ocultarlo detrás de la escalera o en un rincón del pasillo donde no llame mucho la atención. La línea telefónica la soterrará en el jardín, disimulará los interruptores de las habitaciones en los armarios o alacenas, y los cables tras los biombos. Y a fin de cuentas, después de tanto pensar, en ocasiones se percibirá como si el conjunto fuese producto de una obsesión exagerada y artificiosa a causa de los detalles que suscitan una impresión desagradable.

En realidad, nos hemos acostumbrado tanto a la luz eléctrica que, en lugar de intentar lo imposible, valdría más la pena dejar la bombilla tal cual con una pantalla de vidrio blanquecino de las de siempre, lo cual sería más natural y sencillo. Cuando se observa desde la ventanilla del tren el paisaje campestre al atardecer, tras el *shōji*^o de una casa de campo con tejado de paja, en ocasiones se divisa la luz de una solitaria bombilla con su fina pantalla pasada de moda, sin embargo, creará cierta impresión de elegancia.

Ahora bien, si se trata de ventiladores, ya sea por lo ruidosos que son o por su forma, no casan con los interiores de la casa japonesa. Tratándose de una vivienda particular, bastará prescindir de ellos si no nos gustan; pero en hogares con negocios, que reciben a clientes en verano, el propietario no podrá hacer lo

que le venga en gana. Un amigo mío, meticuloso en cuestiones de arquitectura y propietario del restaurante Kairakuen, aborrecía los ventiladores modernos y se resistía a instalarlos, pero las quejas de los clientes durante el verano le obligaron a aceptarlos.

El año pasado con ocasión de construir mi casa, en cuyas obras gasté por encima de mis posibilidades, tuve una experiencia parecida. Como me encargué de los mínimos detalles, desde puertas correderas y ventanas hasta otras cuestiones más secundarias, eso me originó buenos dolores de cabeza. Por ejemplo, es una cuestión de buen gusto preferir los *shōji* sin cristal, pero si se instalan *shōji* de papel tal acción repercutirá en la filtración de la luz solar y en los cierres. Finalmente, no quedó más remedio que recubrirlos por el interior con papel y dejar por fuera el cristal, al constatar de dos caras, hubo que colocar marcos dobles, lo que encareció la instalación. El resultado fue que los *shōji* vistos desde el exterior parecían simples puertas acristaladas y, desde dentro, como tras el papel había cristal, no producían el efecto de mullida suavidad propio de los *shōji* de papel de toda la vida y, para empeorarlo, resultaban poco agradables a la vista. A tenor del resultado, uno se lamenta de no haber instalado simples ventanas correderas acristaladas; si no se tratase de uno mismo, sería como para tomárselo a risa, pero en mi caso lo viví en carne propia y era arduo resignarse a no intentarlo.

En cuanto a los aparatos de iluminación, actualmente se encuentran a la venta muchos que combinan

bien con los interiores japoneses como, por ejemplo, las tradicionales lámparas fijas *andon*^o, los farolillos de papel *chōchin*, las lámparas colgantes *happō*, las bujías, los candelabros, etc., pero ninguno de estos me convenció. Opté por ir a una tienda de antigüedades para comprar lámparas de petróleo como las de antaño, o de las que quedaban encendidas toda la noche o se colocaban junto a la cama como luces de mesilla, añadiéndoles después bombillas en su interior.

Pero lo que me llevó más quebraderos de cabeza fue la instalación de la calefacción. En primer lugar, estos aparatos, que llamamos estufas, no suelen armonizar bien con el interior de las casas japonesas. Además, las estufas de gas resultan ruidosas al quemar el combustible y si no disponen de salida de humos enseguida dan dolor de cabeza. En este aspecto, se consideran ideales las estufas eléctricas, pero su diseño deja mucho que desear. Una solución era colocar estufas eléctricas, de las que se utilizan en los tranvías, dentro de armarios empotrados, pero entonces se perdía el encanto de contemplar la lumbre en invierno, y no se disfrutaría igual al pasar el rato en compañía de la familia. Después de mucho pensarlo, se me ocurrió encargar un fogón como el de las casas de campo, y colocar en su interior un brasero eléctrico; resultó muy conveniente tanto para hervir el agua como para calentar la habitación; aunque costó dinero, desde el punto de vista del buen gusto supuso un primer acierto.

El problema de la calefacción parecía superado, pero quedaban otras dificultades como el cuarto de

baño y el retrete. A mi amigo, el dueño del restaurante Kairakuen, nunca le gustó la apariencia de los cuartos de baño y fregaderos revestidos con baldosas, por eso decidió construir exclusivamente de madera los baños para los clientes. Ni que decir tiene, la baldosa es mucho más conveniente a efectos prácticos y económicos. El problema es que cuando se utilizan buenos materiales de construcción japoneses en techos, pilares, paneles, etcétera, colocar solo en una parte esas llamativas baldosas desentona con el conjunto. Si se tratase de unos interiores recién construidos no desentonaría, pero con el paso del tiempo los materiales de madera de las tablas y pilares envejecen y adquieren un lustre que les da encanto. La presencia de esas inmaculadas baldosas blancas será como dicen los refranes «mezclar el agua con el aceite» o «injertar el bambú en un árbol». Ahora bien, así como en el cuarto de baño la practicidad puede ser sacrificada en aras del buen gusto, en el caso del retrete son mayores los problemas a afrontar.

Cuando visito los templos de Kioto o Nara y me indican la ubicación de esos retretes de estilo antiguo, en mitad de la penumbra pero cuidadosamente limpios, percibo el mérito de la arquitectura japonesa. Por supuesto, una sala de té posee su encanto, pero me atrevería a decir que el elemento arquitectónico que sosiega nuestro interior es el retrete. Lo favorece la ubicación de estos excusados en una zona apartada del edificio

principal, en torno a un lugar frondoso al que se accede por una galería desde la que percibimos el aroma de las hojas verdes y el musgo. Ya agachados en la penumbra, bajo la tenue luz que se filtra a través del *shōji*, sumidos en pensamientos y gozando desde ese espacio acogedor con las vistas del jardín a través del ventanuco, tendremos una vivencia inefable. El escritor Natsume Sōseki contaba la visita matinal al excusado entre uno de sus grandes placeres cotidianos; se refería al placer de aliviar sus necesidades, si bien qué mejor lugar que en un retrete japonés para contemplar, entre la quietud de las paredes y rodeados de maderas veteadas, el azul del cielo y el verdor de las hojas. Como dije, son condiciones ineludibles una cierta penumbra, una pulcra limpieza, y un ambiente tranquilo que permita escuchar hasta el zumbido de los insectos.

En lugares así, es muy agradable escuchar el sonido de una fina y persistente llovizna. En concreto, los aseos de la región de Kanto suelen tener una abertura en la pared a nivel del suelo para barrer el polvo, así se escucha mejor la lluvia al resbalar desde el alero y las hojas verdes, o al salpicar la base de las linternas de piedra y empapar el musgo de los pasadizos del jardín. Realmente estos acogedores lugares son ideales para escuchar el zumbido de los insectos y el trino de los pájaros, contemplar la luna en la oscuridad de la noche y gozar del cambio de las estaciones en el jardín; seguramente, muchos poetas hallaron aquí inspiración para sus haikus°. No erraría quien dijese que el

espacio con más gusto dentro de la arquitectura japonesa es el retrete. Nuestros antepasados, que de todo hacían poesía, hicieron del lugar menos higiénico del hogar, un espacio del buen gusto y la elegancia donde deleitarse. Brotan de ahí evocaciones agradables. En comparación con los occidentales que tachan este lugar de sucio y evitan mencionarlo en público, nosotros hemos tenido sensatez para captar la esencia de su elegancia. Puestos a sacar alguna falta al retrete japonés, su alejamiento del área principal es un inconveniente por las noches, en invierno correremos más riesgo de resfriarnos; pero, como decía el poeta Saitō Ryokuu: «la elegancia es fría». Es cierto que el frío de estos retretes, cual si estuviésemos a la intemperie, representa un encanto adicional. Y me parece desagradable el sistema de calefacción por vapor, usado en los cuartos de baño de estilo occidental de ciertos hoteles.

Convendrán conmigo los amantes de la arquitectura tradicional japonesa que el retrete japonés es la máxima expresión de este ideal, aunque en viviendas particulares no resultará fácil mantenerlos siempre limpios en comparación con los de los templos, que disponen de mayor espacio en proporción al número de usuarios, además de contar con personas que se ocupan de la limpieza. Por más que se insista en las buenas maneras o en usar la bayeta, en el suelo de madera o tatami siempre termina por destacar la suciedad. Por ello, colocar baldosas e instalar un váter con cisterna resulta más higiénico y su mantenimiento es menos engorroso; eso sí, a cambio de renunciar al buen gusto y la be-

lleza naturales. En un sitio así toda esa blancura luminosa brillando sobre las cuatro paredes no casará bien con aquel disfrute fisiológico al que aludía Sōseki. No era necesario insistir tanto en resaltar con iluminación hasta tal punto aquella limpieza, que ciertamente resplandece por doquier, con una blancura impoluta en ese lugar al que van a parar las deposiciones de nuestro cuerpo. Por muy tersa que sea la piel de una mujer bella, exponer a la vista de todo el mundo sus nalgas y piernas sería descortés, pues del mismo modo exponer con tanta claridad el retrete, nos hará pensar por contraste en la suciedad oculta que no se ve. Sería preferible dejar estos lugares sumidos en una tenue penumbra que difuminase el límite entre limpieza y suciedad.

Por todas estas razones, cuando al construir mi casa instalé aseos modernos, prescindí de las baldosas e hice cubrir el suelo con madera de alcanforero, logrando así un aire más japonés en el conjunto. El problema vino con el inodoro. Como sabrán, los inodoros de cisterna son de porcelana blanca con tiradores y accesorios metálicos brillantes. Sin embargo, hubiera preferido inodoros de madera, tanto en el aseo para hombres como en el de mujeres. Los de madera lacada son preferibles, pero incluso los de madera natural con el paso del tiempo van adquiriendo un veteadado que añade encanto y tienen un efecto asombrosamente tranquilizador para el espíritu. En particular, considero ideales aquellos orinales de madera llamados flor de *asagao*; no solo resultaban agradables a la vista sino que además, como estaban llenos de hojas verdes de

cedro, no hacían apenas ruido. Aunque no podía permitirme tales lujos, al menos encargué una taza a mi gusto, a la que añadiría luego una cisterna de agua corriente, pero el encargo requería tantos pormenores y gastos que, al final, me di por vencido.

No es que esté particularmente en contra de introducir en nuestra vida diaria los adelantos técnicos que nos brinda la sociedad actual, tales como la iluminación, la calefacción o los aseos; pero, en aquella ocasión, me pregunté por qué razón no damos más importancia a nuestras costumbres y gustos a la hora de montar esas instalaciones, y por qué no las diseñamos de acuerdo con el gusto de nuestra cultura.

Habíamos olvidado en Japón la blandura y calidez que aporta el papel, y ahora que nos hemos vuelto a dar cuenta de estas ventajas, se volvieron a poner de moda las lámparas tradicionales de estilo *andon*; prueba de haber reconocido que el papel es más idóneo que el cristal en la casa japonesa. Sin embargo, todavía no se comercializan inodoros ni estufas con diseños que armonicen bien con estos hogares. En cuanto a la calefacción, me incliné por intentar instalar un brasero eléctrico en el fogón del suelo; habría sido apropiado, pero no había nadie dispuesto a hacer una obra tan sencilla como esa. Solo hay braseros eléctricos de escasa potencia, que no calientan como los de carbón; actualmente los únicos aparatos disponibles son las calefacciones de estilo occidental de pésimo gusto.

Me dirán que preocuparse de estos mínimos detalles de buen gusto en nuestra vida diaria es un lujo; lo importante es disponer de lo necesario para afrontar el frío, el calor y el hambre, no hay por qué perder el tiempo preocupándose de etiqueta y estilos en nombre del buen gusto. Pero, aunque soportemos el frío, como suele decirse: «los días de nevada hasta el asceta siente frío»; si tenemos a mano un aparato útil, huelgan las discusiones sobre el buen gusto. Es inevitable que nos apetezca aprovechar su conveniencia.

Suelo preguntarme acerca de lo diferente que sería nuestra sociedad actual si en Oriente hubiéramos desarrollado nuestra propia ciencia independiente de la occidental. Por ejemplo, de haber tenido una física y una química propias, habríamos desarrollado una tecnología y una industria originales; de ahí habrían surgido otros inventos, ya sea en el ámbito de las máquinas de uso cotidiano, la medicina o la artesanía. En ese caso todas esas innovaciones habrían estado más de acuerdo con nuestra cultura. Más aún, el punto de vista sobre los fundamentos de la física y la química se habría expresado en términos diferentes al de la ciencia occidental; por ejemplo, cuestiones como la naturaleza y las propiedades de la luz, de la electricidad o del átomo hubieran tomado un cariz diferente del que nos enseña actualmente la ciencia occidental.

Esto no son más que especulaciones que hago al dejar correr mi imaginación, pues no soy un entendido en cuestiones científicas; pero sí, al menos, los inven-

tos de aplicación en el campo práctico se hubieran desarrollado siguiendo un camino original, habrían repercutido en las costumbres de nuestra vida cotidiana y, por supuesto, en la política, la religión, el arte o los negocios. Oriente habría desarrollado así un universo propio.

Pondré un ejemplo sencillo, de un artículo que escribí hace tiempo para la revista *Bungei Shunjū*, en el que comparaba la pluma estilográfica y el pincel. Planteaba lo siguiente: si la pluma estilográfica, tal como la conocemos hoy, la hubiera ideado un japonés o un chino de la antigüedad, seguramente un pincel de pelo habría sustituido al plumín insertado en la punta. Además, en lugar de la consabida tinta azul, utilizaría una tinta negra, más parecida a la tinta china, que desde el cargador de la pluma se filtraría empapando el pincel de pelo. En ese caso, como el papel occidental no sería apropiado, la demanda y producción de papel del tipo *kairyōbanshi*, un papel de una calidad más parecida al tradicional papel japonés de caligrafía, habría sido mucho mayor. Además, de haber evolucionado así el papel, la tinta china y la pluma, el uso de estilográficas y tintas convencionales no estaría tan extendido hoy en día y, por consiguiente, las discusiones sobre la conveniencia de abandonar nuestro sistema de escritura en favor del alfabeto romano no habrían alcanzado tanta notoriedad, y la gente seguiría apreciando nuestro sistema tradicional de escritura mediante ideogramas *kanji* o silabarios *kana*. Hasta nuestro pensamiento y literatura se ha-

bría desarrollado de otra manera, sin limitarse a imitar modelos occidentales, sino descubriendo un horizonte creativo propio. Esto nos hace pensar en la amplia repercusión que un simple instrumento de escribanía puede tener sobre nuestra cultura.

Soy consciente de que estas ideas no son más que divagaciones de escritor. A estas alturas no vamos a cambiar la historia ni dar marcha atrás. Sé que no hago más que refunfunar y pedir lo imposible. En cualquier caso, no habrá inconveniente en considerar lo mucho que hemos perdido en comparación con los occidentales. La cultura occidental pudo evolucionar progresivamente; nosotros, en cambio, nos encontramos con una civilización superior a la nuestra y tuvimos que aceptarla, cambiamos abruptamente la dirección del progreso que veníamos transitando desde hacía miles de años, y todo esto, en ocasiones, ha perjudicado a nuestra cultura. Si hubiéramos seguido nuestro avance como hasta entonces, muy probablemente, a nivel material, seguiríamos como hace cinco siglos atrás. Incluso hoy en día, en las zonas rurales de China e India el estilo de vida apenas se diferencia del de las épocas de Buda o Confucio. Aun en ese caso, habríamos transcurrido por una senda más apropiada a nuestro carácter. Por lenta que fuese, habríamos logrado avanzar y, en algún momento, habríamos hecho otros descubrimientos que tal vez habrían sustituido a los tranvías, los aviones o la radio como los conocemos actualmente; no

se trataría de invenciones tomadas de prestado, sino de descubrimientos particularmente útiles para nuestra cultura.

Basta comparar las películas americanas, francesas y alemanas, para darse cuenta de cómo difieren en matices de sombreado y colorido. Dejando a un lado aspectos como la interpretación y el guion, solo con fijarnos en la imagen fotográfica se aprecian los diferentes caracteres nacionales. Si esto ocurre utilizando idénticos equipamientos, productos químicos y películas, me pregunto si una tecnología fotográfica propia no se hubiera adaptado más idóneamente a nuestra complejidad física, características faciales, clima o condiciones naturales.

Lo mismo ocurre en el caso de los gramófonos o los transistores; de haberlos inventado nosotros, estos aparatos reproducirían más fielmente las cualidades de nuestra voz y nuestra música. La música japonesa es proclive a la contención y da importancia a la expresión de una atmósfera, y al grabarla o reproducirla con volumen alto pierde la mitad de su encanto. Lo mismo puede decirse de la conversación. Incluso al hablar en público solemos hablar bajo, somos concisos, y damos mucha importancia a la pausa o intervalo de silencio entre las palabras, insinuando sugerencias. Una vez que recurrimos a aparatos como el fonógrafo o el transistor, la pausa desaparece por completo. A costa de contemporizar con las invenciones modernas, estropeamos nuestro arte. Estos inventos desarrollados en Occidente se adaptan bien al arte occi-

dental, pero por esa misma razón para nuestra cultura suponen una desventaja.

Se dice que el papel lo inventaron los chinos. Para nosotros el papel occidental no es más que un producto práctico; en cambio, en la textura del papel japonés y chino percibimos una peculiar calidez apacible. Ambos papeles son de color blanco, si bien la blancura del papel occidental no es como la del papel japonés *bōsho*^o, o la del papel blanco de China. La textura del papel oriental resulta mullida como una capa de nieve recién caída, y absorbe la luz como si la acogiese, en cambio el papel occidental parece que la repeliese. El papel oriental posee una textura agradable al tacto, no es ruidoso cuando se arruga o pliega, produce una sensación parecida a la que tenemos cuando tocamos las hojas de un árbol.

Acontece que a los orientales los objetos que brillan excesivamente nos ponen nerviosos. En Occidente se utilizan cuberterías de plata, acero o niqueladas que suelen bruñir para destacar su brillantez, ese brillo excesivo nos desagrada. Nosotros también utilizamos teteras, copitas para sake o jarritas, pero preferimos no pulirlas. Por el contrario, nos complace observar cómo la superficie del objeto va perdiendo brillo y comienza a adquirir la pátina oscura que deja el paso del tiempo con un tono ahumado. En muchos hogares suele darse el caso de un dueño que se enfada con la criada poco diestra cuando a esta se le ocurre pulir la pá-

tina que tanto tardó en formarse. Actualmente, la comida china suele servirse a menudo en vajillas de estaño, probablemente se trata de un material que los chinos aprecian especialmente por la pátina que adquiere. Cuando está nuevo se parece al aluminio y no resulta particularmente atractivo; pero, cuando el desgaste del tiempo le da un aire de elegancia antigua, les agrada mucho. Al oscurecerse, las inscripciones de estas vajillas ganan en realce. Estos objetos de esta ligereza y brillantez, en manos de los chinos adquieren una profundidad y majestuosidad como la de la cerámica *shudei*.

A los chinos también les agrada particularmente el jade. Estas piedras poseen un brillo denso y sutilmente diluido en el que ha cristalizado un halo de siglos. ¿Seremos los orientales los únicos en apreciar este tipo de piedras? Ni siquiera nosotros mismos sabríamos decir por qué estimamos tanto el jade. Esta piedra no tiene el colorido del rubí o la esmeralda, ni destella como el diamante. Pero al contemplar esa superficie vidriosa se adivina la presencia de algo propiamente chino, como si el poso milenario de su civilización se hubiera sedimentado en la espesa turbiedad cristalizada de su núcleo; entonces comprendemos perfectamente que el pueblo chino aprecie tanto el color y las propiedades del jade.

Recientemente se importan de Chile en grandes cantidades cristales de cuarzo y otros minerales; pero en comparación con los que tenemos en Japón, la transparencia de estos cristales es demasiado brillante

y clara. Los cristales extraídos desde antiguo en la región japonesa de Kai, aunque transparentes, poseen un tono nublado en toda la superficie, que les da un aire de solemnidad; también hay otros, los denominados «cristales con hierba», de una tonalidad opaca especialmente agradable para nosotros. En cuanto al vidrio, ¿no será el cristal de Kenryū chino más parecido al jade o ágata que a los vidrios occidentales? En Oriente se conocen desde hace siglos las técnicas de producción de vidrios, sin embargo no floreció la artesanía del vidrio como en Occidente. En cambio, la cerámica se desarrolló plenamente, me atrevería a decir que eso tiene que ver con nuestro carácter. No es que nos disguste todo cuanto brille, pero preferimos la hondura de la oscuridad velada más que el brillo superficial. Ya se trate de piedras naturales o de utensilios fabricados, tienen que brillar con la pátina ensombrecida y opaca del paso de los años.

La expresión «pátina del tiempo» alude al tono desgastado que se imprime a los objetos al manosearlos, un lustre nublado que queda en ellos después de haber sido tocados una y otra vez. En China se refieren a esto con el término de *shutaku* y en Japón con el de *nare*. Ambos términos sugieren ese brillo o pátina que deja la grasa en los objetos debido al contacto con las manos y el roce a lo largo del tiempo. Dicho llanamente, se refiere a la suciedad de las manos. Así como se dice que «la elegancia es fría», del mismo modo el aforismo podría rezar así: «la elegancia de la suciedad». Es innegable que apreciamos particular-

mente una elegancia que puede carecer de limpieza o resultar poco higiénica. Aunque suene a excusas de mal perdedor, diría que, así como los occidentales se inclinan por sacar a la luz todo rastro de suciedad y suprimirlo, los orientales preservamos dicha suciedad y la embellecemos cuidadosamente. Para bien o para mal, admiramos los rastros de suciedad o tizne que el paso del tiempo o el viento y la lluvia dejan en los objetos, es decir, estimamos las tonalidades y brillos que nos retrotraigan al pasado. Cuando uno vive en uno de esos viejos caserones rodeado de objetos antiguos se experimenta una paz y sosiego difíciles de explicar.

Siempre me ha parecido que, tratándose de usuarios japoneses, las paredes deslumbradoras y blancas de los hospitales son poco adecuadas. A los uniformes y equipamientos e instrumental, también les conveniría un tono apagado y suave, no tan brillante y blanco. Los pacientes estarían más tranquilos si pudieran reposar en habitaciones de estilo japonés, con tatami y paredes de tonos apagados. La razón de que nos disguste visitar al dentista se debe a lo estridente de sus aparatos, además del brillo desmesurado de los objetos metálicos y de cristal. Recuerdo que me recomendaron un dentista que acababa de volver de Estados Unidos con todo su nuevo equipamiento. Por cierto, estaba yo en aquella época muy nervioso, y con solo escuchar los detalles se me erizó el vello. Yo solía preferir visitar los dentistas más tradicionales de ciudades de provincias, con su consulta en una casa de estilo ja-